



Nuevos compromisos y desafíos

Según Arturo Jauretche una de las más célebres *zonceras criollas* aseguraba que “*el mal de la Argentina es su extensión*”, en referencia a que la enorme amplitud geográfica de nuestro país suponía un obstáculo para las urgencias del avance civilizador en los momentos fundacionales de la Patria. La frase llevaba implícita la idea de la conveniencia de achicar el espacio del país, replegarse en la región pampeana, y concentrar ahí todos los esfuerzos.

Lejos de la zoncera y cerca de Don Arturo, a nuestros productores de mayor edad, aún hoy es habitual escucharles decir entre charlas y mates compartidos con extensionistas, que en los pueblos del interior además de la iglesia, la municipalidad y la comisaría, seguro había también “un INTA”. Y de paso suelen recordar al Jefe de Agencia como una figura casi mítica que en los actos protocolares se codeaba con el cura, el comisario y el intendente, entre otras personalidades del poder local.

Esta imagen tiene una muy fuerte carga simbólica. Por un lado, nos habla de la percepción de una institución de alcance nacional, que a modo de red (cuando la red no era otra cosa que una red) tenía presencia en todo el país y se vinculaba de forma directa con los hombres y mujeres de ese territorio (cuando el territorio no era otra cosa que un territorio), en particular con los productores agropecuarios (cuando aún no eran actores sino simplemente productores agropecuarios).

Por otro lado, nos cuenta de una institución que estaba allí no para ocuparse de los asuntos de religión, ni del cumplimiento de la ley, ni del funcionamiento de la comuna local. INTA representaba la avanzada de la modernidad que venía a instalarse en el agro. La idea de que lo moderno reemplazaba lo tradicional. De que la transferencia de nuevos conocimientos era el camino en aquella oportunidad. Y de que las agencias de extensión personificaban ese salto hacia el progreso que se anhelaba en cada pueblo.

Pasaron varias décadas y algunos de esos viejos productores ya no están, otros dejaron la actividad, y otros menos y nuevos hicieron su aparición. Las políticas económicas cambiaron más de una vez. Los modelos de trabajo con los agricultores se cuestionaron y revisaron. Los paradigmas que enmarcan a la sociedad tambalean y otros intentan ocupar su lugar. Y las agencias de extensión vuelven a tener presencia en todo el país.

En este contexto se acaba de inaugurar un edificio propio de la Agencia de Extensión Rural Valle Medio, en un territorio con características particulares en la Región Norpatagónica. En un valle donde el desarrollo se inició con la inmigración galesa. Donde *el derrame* desde los grandes emprendimientos no necesariamente se evidenció. Donde la disponibilidad de agua y tierra son un atractivo mundial. Donde la diversificación no es una novedad sino una estrategia arraigada. Donde el corrimiento de la frontera agrícola está reinventando el perfil productivo. Donde las iniciativas individuales y colectivas no faltaron nunca. Donde no está claro si estar en el medio es bueno o es malo. Donde, según un diario extranjero, se encuentra uno de los siete mejores lugares del planeta para vivir. Donde el futuro está siempre por empezar.

Como en aquellas épocas que saben recordar los productores más viejos, la apertura de un edificio nuevo de INTA en Valle Medio también conlleva una fuerte carga simbólica. Implica el reposicionamiento estratégico en la sociedad de parte de un organismo público, un compromiso concreto de trabajo de la institución con todos los actores y el desafío de abordar la complejidad propia de un territorio tan diverso a nivel cultural y productivo como extenso geográficamente.

Y como diría Jauretche, si el mal de la Argentina no es la extensión de su territorio, seguramente tampoco lo es para el Valle Medio del río Negro. Su complejidad, su diversidad y su extensa geografía constituyen, sin dudas, su principal fortaleza. •